



LA NIÑA Y EL ÁNGEL

Jerónimo Cabezas

LA NIÑA Y EL ÁNGEL



Primera edición: marzo de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jerónimo Cabezas

ISBN: 978-84-10253-02-5

ISBN digital: 978-84-10253-03-2

Depósito legal: M-5645-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Regalo es esta obra y suponía
un reto, un objetivo y un antojo
pues todas mis rimas aquí recojo,
que he estado meditando noche y día.*

*Pero, recuerden siempre: yo querría,
decir que esto es un regalo que escojo,
escribir a quien aguanta mi enojo,
junto a mi euforia absurda y mi alegría.*

*¿Supone esto un sentido ante mi juicio?
Tan solo amor explique lo que ejerce,
pues amar es extraño en este canto.*

*¿Supone esto un estúpido y gran vicio?
No. Porque esto nace de que me esfuerce
en sorprender a quien puedo amar tanto.*

PALABRAS PREVIAS

¡Quién me mandó escribir este poema
que de razón y metas va perdido!
en mi ambición, es raro, ha aparecido...
¡La voluntad de verme en tal problema!

La gracia de escribir esto me quema,
carente de concierto y de sentido;
pero ver esto me ha enorgullecido
con agradecimiento y dicha extrema.

Así, por tanto, exclamo a mis lectores:
no halléis sentido alguno en estos versos,
pues nacen de mi emborronado arte;

Ansío que, con mis predecesores,
que por la historia y mundo van dispersos,
pueda, en la historia y mundo, formar parte.

Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca

.

CANTO 1

El páramo lejano, en el que estaba
aguardando la niña, ya hace un rato
se oscureció el ambiente: el sol bajaba;

No percibió en la vista, en el olfato,
las apariencias de los toscos miedos
que atormentan hasta al valiente nato.

La niebla entrecortaba aquellos dedos,
con que agarró aquel musgo, hubo caído
en el abismo de los lobos quedos.

un búho la observaba y, abstraído,
ulula ahora un canto de esperanza:
él mismo, en el abismo, tiene un nido.

Pero la niña asiente, y ver alcanza
este lugar grisáceo y estrecho,
digno de la diabólica alabanza.

Aquella tiene miedo, y es un hecho
que no sabe volver, ni dónde está,
ni cuántos males están al acecho.

Pero se duerme, ¿qué le importará
sumirse en sueños, como en pesadillas,
si no sabe qué hacer, ni a dónde va?

Tal vez por el sudor de sus rodillas,
decide que avanzar es pertinente,
mas lentamente: habrá de ir de cuclillas.

Segura de la bestia pestilente,
que le aguarda, gigante y maliciosa,
encuentra, por fortuna, una gran fuente.

La fuente es de una piedra tan roñosa,
que ni los bichos tienen ahí su casa,
(imaginaos cómo es de ponzoñosa)

Y a la fuente se acerca: lo que pasa
es que, a pesar de tanta suciedad,
el miedo, como el fuego, a ella le abrasa.

Y, aun siendo oscura, que a decir verdad
es blanca como el cielo o cada nube
que lluvia otorga a cada ciudad.

A un lado de la fuente ella se sube
para tener la suerte de ver lejos
lo que su dicha futura le incube.

Los montes y montañas son parejos:
son negros, agrupados y frondosos,
no cabe duda de que son muy viejos

Porque han vivido estirpes de mil osos
dejando el páramo tan destruido
que los troncos partidos son hermosos.

Y dijo: «¿Dónde estoy? Tan solo pido,
hallar algo semblante a algún camino
para volver por donde yo he venido.

Mas ni siquiera sé si hay un destino,
en que volver a mi tan dulce hogar...».
Y, así diciendo, un ángel pulcro vino.

Su aspecto nítido es, para empezar,
el corazón de bienaventuranzas
que en el Evangelio tienen lugar.

Beati mundo cordis, las usanzas,
que se dijeron, hace tiempo antiguo,
con esos bellos bailes, bellas danzas...

Lo que él mostró de oscuro es tan exiguo,
que blancas y ordenadas son sus alas,
de pluma a pluma: es único y contigo.

Como la vestimenta de las galas,
en que los ángeles esperan dentro,
a que la luz les forme en altas salas.

Y se asomó: mirando bien al centro,
de los dos bellos y pequeños ojos,
de aquella niña, en ese bello encuentro.

Tal vez si fueran jóvenes más flojos...
pero ella dio su mano sin temerlo:
correspondían estos dos antojos.

Y así que, sin comerlo ni beberlo,
le dijo ella, él sin hablar aún nada:
«¿tendría yo el honor de conocerlo?».

Responde: «claramente», ella se enfada
pues quiere ella saber cómo ha llegado
al páramo infernal, se ve opacada:

«Niñita, entiendo bien tamaño enfado,
pues si me hallara yo en su situación
tal vez, incluso, hubiera abandonado,

Pero, aunque no me creas, no es razón,
para no oírme, porque yo a ayudarte
estoy delante». —Y sigue su moción—:

«Perdida estás, y tienes culpa en parte,
porque, aunque es imposible, tú has pecado,
sin arrepentimientos y sin arte».

Ella, perpleja, ve lo que ha pasado,
y sorprendida, en grado sumo, dice:
«¿qué es un pecado y cómo así he actuado?».

Que la bandera de los males ice,
un ángel poderoso a aquella niña,
hace que ella hasta el suelo se deslice.

Pues comprende lo inmenso de una riña,
que, ciertamente, ella no se merece,
porque es como hacer vino sin la viña.

Y el ángel, por sus llantos, se estremece,
y es evidente que hay un gran motivo,
pues la angustiada charla solo crece:

«Tranquila» —se apresura—, «no te privo
de volver a tu casa y a tu mundo,
pero serás cautiva, y yo cautivo.

Habrás de contenerte, en un segundo
te explico nuestro recorrido y plan,
Para salir del páramo profundo».

Después le expuso el ángel con afán,
que las piedras roñosas y los montes
por mucho tiempo permanecerán,

Pues pasarían muchos horizontes,
en los que solo se observarán pozos
vacíos, y sin vida. «No confrontes

los miedos de las bestias y destrozos».
El ángel dijo: «con tu voluntad,
aunque te aturden tanto los sollozos...

Nunca abandones nuestra vecindad».